

editorial

UN ORDEN IMAGINADO.

Elisa Cordero Jahr
Directora / Editora Revista AUS



El ángel que va pintando el mundo según su propia imaginación. Detalle en el Teatro Municipal de Iquique (fuente: Elisa Cordero).

Un joven historiador ha propuesto recientemente que los seres humanos vivimos en un orden imaginado y que éste se materializa, entre otras cosas, en la arquitectura y las ciudades. Los espacios públicos, las construcciones, las áreas verdes, las conexiones VIALES, todos estos son distintos hoy en relación a cientos o miles de años. Pero la diferencia no sólo podemos circunscribirla al tiempo, ya que también son diversos en materia geográfica. La ciudad y la arquitectura representan el modo de ser y pensar de quienes las habitan. De esta manera, por ejemplo, si revisamos algunos artículos de este número, podríamos decir que el afán de dominación religiosa de un líder a principios del siglo XIX en Tetúan, Marruecos, originó la transformación absoluta de un antiguo barrio judío al expulsar a cientos de familias sefardíes para reconvertirlo en un nuevo barrio musulmán. O que hoy en día, casi dos siglos después, el individualismo que viene de la mano de la globalización, produce una segregación residencial donde proyectos inmobiliarios emergentes provocan, entre otras cosas, una intensa gentrificación en Buenos Aires y Miami. Algunas reacciones a esta degradación globalizada, nacen desde la iniciativa de grupos ciudadanos locales que

buscan resistir esta dominación hegemónica creando lugares a escala humana, reconquistando por ejemplo espacios urbanos que han pertenecido hace décadas al automóvil, para otorgárselos de nuevo al peatón, como es el caso de las acciones realizadas por el grupo TaMaLaCá en Sassari, Cerdeña. Otra iniciativa de apropiación es la realizada por estudiantes junto a personas sin-techo en Austria, consiguiendo remodelar y adaptar una casa abandonada con el propósito de habitar y trabajar en el mismo lugar. Así también se organizaron en Chile los pobladores de un barrio, al sur de Santiago, donde a través de la pintura participativa de grandes murales lograron mejorar su espacio urbano. De la misma forma, la apropiación colectiva de los habitantes de Rosario en Argentina, quienes a través del patrimonio ferroviario de su ciudad, lo convirtieron en un recurso de transformación urbano-territorial. La valorización de lo colaborativo nos invita a re-mirar el oficio de la arquitectura en Santiago de Chile en tiempos pasados, donde la práctica colectiva de agentes diversos adquiere valor, contraponiéndose a la imagen clásica e idealista del arquitecto como único creador de la obra. El imaginario va por delante de su materialización, como se evidencia en el

Santiago de principios del siglo XX, cuya materialidad en un principio no iba al mismo ritmo del nuevo paradigma de la metrópolis moderna que soñaban sus habitantes. Pero también el imaginario se ancla, y a pesar de los riesgos reales que conlleva volver a construir en un borde costero vulnerable, de riesgo, devastado una y otra vez por maremotos en Chile, sus habitantes siguen habitando exactamente ahí donde su imaginario quiere reponer su historia, como si nunca nada hubiese pasado. El espacio mental colectivo, o el orden intersubjetivo, también nos llevan a imaginar la geografía patagónica una y otra vez, otorgándole un sentido coherente con la época y el lugar desde los cuales se interpreta, situando así este significado en un eterno movimiento en fuga. Así, nuestro historiador nos invita a reflexionar sobre estos constructos mentales colectivos o intersubjetivos, lo que posiblemente nos hará ver la ciudad desde otra perspectiva, más compleja, pero también más coherente con nuestra propia humanidad. **AUS**